

LITERATURA, HUMANISMO,
EDUCACIÓN



Juan José Delgado



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2004

© Academia Canaria de la Lengua
© Juan José Delgado

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. L.

Dep. Legal: TF. 1.246-2004

ISBN: 84-932755-9-X

La literatura vino a mí cuando era niño y vivía en un valle del sur de Tenerife. Ella atrajo hasta allí las maravillas que se ocultaban mucho más allá de los roques, casi montañas, que guardaban el valle. Al principio entró en mi casa en forma de un libro cuyas páginas se abrían en todas las direcciones y hacia todas las cosas. Aquel libro de mi abuela era el centro del mundo, y en sus hojas se ofrecían espléndidos cuentos populares de un manojito de países; había capítulos dedicados a la mitología; o páginas de Buffon o de Rousseau; allí encontró un panal el secreto mundo de las abejas; o recorrieron sus párrafos los exploradores de África. Allí, los ríos cauda-

les, los medianos y los chicos confluyeron en las *Coplas* de Manrique. Conocí cómo vivían y morían los espartanos; allí, al sorprendente Sócrates; o un poema —de Francisco María Pinto— en el que me presentaba “El mensajero de Maratón”. Aquel libro tanto traía noticias de las islas de América, como se adentraba en los jardines y aposentos de la Alhambra. Me comentaba detalles de la edad de piedra, explicaba cómo eran las noches en las tristes regiones boreales, o traía el temor con el cuento “El monte de las ánimas”; además me adelantó dos capítulos del Quijote. ¡Cuántos otros capítulos de aquel libro que me regaló mi abuela voy a omitir aquí! Lecturas, en fin, que me sembraron la vocación de leer y escribir.

La literatura, con su sarta de temas, llegaría mucho más tarde, en forma de un río de nombres que se prolongaba con fechas de nacimientos y de muertes, de semblan-

zas de autor y de retahílas de títulos. Teníamos entonces que encomendarles a la memoria y a la virgen de nuestras devociones la devolución por escrito de esos datos, so pena, en caso contrario, de recibir un suspenso tras una tortura que se llamaba examen. Lectura y literatura tomaron, en aquel momento, caminos que transcurrían por distinta senda: por la de la libre imaginación y por la de una estudiosa memoria. Con el tiempo llegaron a juntarse. Hoy las identifico como una sola sustancia. Y puesto que estoy confesándome deudor de la lectura, de ley será pagar aquí, siquiera en parte, concediéndole una mínima atención a quien la personifica: a la mudable figura a la que llamamos lector.

Y en seguida me viene a cuento la imagen del pensador leyendo, tal como nos la presentara George Steiner, extraída de un cuadro del pintor francés del siglo XVIII, Jean Baptiste Simeon Chardin. Puso Char-

din a un lector en su lienzo que no casa con la posición de un lector de hoy. El artista rodeó de varios signos el momento de la lectura. Pintó los emblemas para mejor encuadrar el acto de una ceremonia íntima en medio de un clima entrañable. Entre otras, se destaca la imagen de una pluma. Sabemos que con esa pluma se podría llevar anotaciones propias en los márgenes del texto ajeno. Porque quien lee puede responder a lo escrito. Y sólo existe lo literario cuando se cierra, gracias a la intervención del lector, el ciclo comunicativo. Hay un espacio no escrito en el libro que es propiedad absoluta de ese lector. Con la lectura se consigue un diálogo íntimo con la humanidad.

No le exijamos más al cuadro de Charadin; no comentemos la presencia de un reloj de arena, ni los tres discos de metal, ni las abiertas páginas del gran libro. Concluyamos diciendo que el personaje que lee

es, en ese momento, un ser solitario; pero en soledad sonora (que diría el de Moguer): es una vida en vibrante soledad.

Las diferentes edades del ser humano cambian las significaciones. El mismo Chardin ha hecho otro retrato, el de un niño que sigue atento el baile de un trompo que aparentemente gira sobre la mesa. En la mesa también se aprecia el reposo de dos libros; hay además una pluma en un tintero; aparece también un documento enrollado, y una gaveta que, entreabierta, deja asomar otra pluma. El descanso de los libros, la mirada del niño en el juego, el ambiente oscuro y en silencio...

Ese niño me trae al recuerdo a otros niños quienes, entrevistados por una televisión local, respondían a esta pregunta: ¿qué significa la soledad? La mayoría de ellos respondió que la soledad era mala. ¿Por qué? Porque se aburrían; porque no

podían jugar con los amigos. Hubo una excepción, sin embargo; sonó otra respuesta en un niño —doce años no más—, el cual expresaba que, a veces, la soledad es buena. ¿Por qué? Porque le permitía leer, escuchar música, pensar. Soledad sonora y nada de tedio o vacío en ese momento sensible, creador, imaginativo, meditativo.

Los tiempos, estos tiempos de hoy, han cambiado el grueso de los ambientes y las significaciones del acto de leer. Aquellos emblemas que ideara Chardin quedaron también convalidados durante el siglo XIX y en buena parte del siglo XX como compañía sugerente de la lectura. Sin embargo, en este punto del siglo XXI, el interior doméstico, la zona del libro no se asocia ya a aquellos atributos. Al libro de gran formato, le ha ganado la plaza el de bolsillo; al lado se halla el televisor, el equipo de audio lanzando con coraje todos su megavatios. El trompo aquel que girara sobre la

mesa, hoy ha dejado su lugar a la tendida arquitectura de un teclado, a un manoseado ratón plástico y a la pantalla del ordenador que fulge en el altar de la mesa.

En efecto, con la tecnología hemos topado, amigo Sancho. Hay delante de nosotros un camino de senderos que se entrecruzan. Pero ni estamos cantando el funeral del libro, como tampoco abogando por mantenerlo como el instrumento predominante de cultura. Como alguien dijo: “Leer es un verbo que no admite imperativo”.

Ya que de ordenador hemos hablado; ¿qué hay en un ordenador? Hay información, esto es, contenidos expresados por una escritura que necesita leerse si se pretende adquirir conocimiento. El artefacto, además, es una parte de la red global, universal, que hoy se orienta hacia innumerables actividades sociales, lúdicas, culturales, económicas, e, incluso, posee la gracia

de mover al individuo hacia nuevas conductas. Es una galaxia que integra miles de sistemas. La realidad educativa del humanismo moderno no puede negar su presencia ni su poder ni su favoreciente uso. En todo caso, la familia y la sociedad deben prever las aberraciones y perversiones que en tal sistema se produzcan. Y esa prevención sólo puede ejercitarse con los comentarios y reflexiones que convengan para hacer un buen uso del sistema.

El humanismo debe contemplar este fenómeno. Pero, ¿de qué humanismo estoy hablando? Del humanismo —así lo entiendo— que es una posición que se ha de ganar íntima e intelectualmente. Esa recompensa equivale a la toma de una plaza que sólo puede alcanzarse después de un proceso activo y hasta combativo. Porque una conciencia humanista siempre procura responder a toda serie de cuestiones y de conflictos actuales y concretos que la cer-

can. Hay situaciones problemáticas que envuelven y afectan individual y socialmente al ser humano que las percibe. Hay cuantiosas incertidumbres que en la vida se presentan, y, frente a las cuales, se intenta responder de manera libre y razonable. Pero se advierte la entrada de fuerzas contrarias que se empeñan en desmontar los fundamentos de la edificante atalaya humanista.

Y llegan entonces noticias y se encienden las alarmas, tal como sucedió en el entorno de un debate sobre el humanismo, entendido éste como la ideología educadora en Occidente. Fue en 1999. El filósofo alemán Peter Sloterdijk intervino con una conferencia: “Normas para el parque humano”. Mostraba allí un texto encendido, con el descaro y desparpajo de quien sabe cómo calentar el ambiente, de qué manera provocar a los contertulios y de qué modo

proceder para garantizar la propagación mediática de sus ideas.

Sloterdijk exprimió sus temas hasta forzar la visión de un ámbito nuevo hacia donde se está orientando o en donde pronto se hallará situada la Humanidad. En resumen, estimaba que “la era del Humanismo moderno como modelo de escuela y educación ha concluido.” Consideraba que el humanismo es un método de domesticación, además de ser un camino de formación truncada; en definitiva, que era una ilusión que no puede sostenerse por más tiempo. Las estructuras políticas y económicas —concluía— no se organizan ya de acuerdo al modelo de la sociedad literaria.

Hubo contestaciones que calificaron aquella intervención como la prueba concreta de una idea perversa y de signo totalitario. Algún que otro titular dejó escrito: “El filósofo Peter Sloterdijk exige una re-

visión técnico-genética de la humanidad”. No es de extrañar que se le tuviera por el animador de una idea que contemplaría en el futuro la planificación y utilización de los caracteres genéticos como la acción conveniente para mayor gloria y gracia de una “superhumanidad”.

Lee M. Silver trata esta cuestión en su libro, *Vuelta al Edén. Más allá de la clonación en un mundo feliz*. Barrunta un estado de cosas que suceden en el siglo XXIV. En lo que afecta al ser humano habrá dos clases: los *genricos*, denominados así por ser los genéticamente enriquecidos; ellos poseerán la Tierra porque serán los propietarios del conocimiento, del poder y del dinero. Y, por otra parte, los *naturales*, los genéticamente pobres, la nueva masa proletaria al servicio de la primera clase. El liberalismo actúa en este concierto. Sentada esta baza, ningún gobierno —en opinión de Silver— podrá legítimamente detener ni rechazar

esta nueva modalidad de reproducción genética. Las grandes organizaciones industriales y empresariales dispondrán de un poder económico capaz de sufragar los gastos, intervenir legítimamente y fuera de cualquier control gubernamental y alcanzar los fines propuestos. No se esconde que, al cabo, se logra el establecimiento de una división humana y social.

En este punto nos alcanzan las imágenes futuristas de una humanidad enredada en las letras del genoma. Se ha llevado a la pantalla —piénsese en la película *Gattaca* (1997)— el argumento de un individuo perfecto nacido de los experimentos y realizaciones de la industria genética. Obtienen una criatura —como se oye en la película aludida— que no es “hija del hombre” sino de la técnica. Se logra una nueva clase humana como prototipo y expresión de la raza perfecta. La corporación *Gattaca* ofrece un mundo genético como un nuevo or-

den que no deja lugar a las impurezas. Desde esta perspectiva, el ser humano ya no posee una sola naturaleza, no es ya una especie unívoca. Su génesis decidirá en qué lugar de la frontera va a situar su vida. Porque coexisten dos clases de seres humanos y hay dos formas de sentirse y de hacerse: una pertenece a un mundo aséptico y deshumanizado, perfecto, en el sentido de buen acabado. Y, en frente, una realidad bien distinta, apartada, marcada y al servicio del sistema; pero en donde todavía prevalecen el sentimiento y la idea de que el ser humano es un ser “haciéndose” permanentemente, inconteniblemente.

La ciencia ficción desarrolla asuntos en los que subyace o asoma el propósito de una crítica social. La obra literaria, la novela, por ejemplo, es un espacio propicio para que se manifiesten estas ideas y tomen cuerpo y presencia en sus páginas. En la literatura estas presencias cobran signi-

ficaciones morales e intelectuales. La literatura también se las apaña para poner a la vista el desasosiego que se apodera del ser humano cuando pretende superar su naturaleza. La literatura, como los sueños de la razón, produce monstruos. La novela de 1818 *Frankenstein o el nuevo Prometeo*, según confiesa su autora, Mary W. Shelley, tuvo como preludeo una conversación entre su hermano Percy B. Shelley y lord Byron. La escritora oyó cómo discutían las últimas investigaciones de Darwin. Después, el sueño creó el resto: las imágenes del sueño la condujeron hasta el joven estudiante Frankenstein. Lo vio cómo iba juntando partes de cuerpos en un cuerpo extendido y muerto. Y soñó también cómo aquella criatura lograba agitarse y levantarse con evidentes signos de vida.

El doctor Frankenstein se identifica con Prometeo, aquel titán que sobresalía por la razón y que consiguió modelar un hombre

con barro y concederle la vida con una chispa del carro del Sol. Pero el moderno Prometeo se horroriza de su creación. Ha tenido en sus manos los instrumentos que dan vida y existencia a un monstruo. Sin embargo, esa figura anormal irá revelando actitudes lógicas y casi humanas a lo largo de la novela. El diálogo con su creador manifiesta el profundo sentimiento y deseo de alcanzar la felicidad con otro de su especie: “Mis vicios —dice el monstruo— son los vástagos de una soledad impuesta y que aborrezco; y mis virtudes surgirían necesariamente cuando viviera en armonía con un semejante. Sentiría el afecto de otro ser y me incorporaría a la cadena de existencia y sucesos de la cual quedo ahora excluido.”

Es un ser creado por la ciencia. Y hemos de deducir que la ciencia no ha fracasado en su logro. Creó lo que quiso crear. Realizó lo posible. No obstante sí existe el intenso sentimiento de fracaso. ¿Por qué?

Porque la plenitud de la ciencia, de la sola razón técnica e instrumental no han podido suplir la carencia del sentimiento que, a tenor de los capítulos en donde creador y criatura debaten, no es precisamente el monstruo quien delata su falta de sensibilidad. El monstruo quiere encontrar el sentimiento a través del otro. Es el ser humano, el doctor Frankenstein, quien le niega esa posibilidad.

En la literatura antiutópica se muestra también, de manera recurrente, la correspondencia que existe entre un régimen totalitarista, dueño de una portentosa tecnificación, y la consecuente ola deshumanizadora que toda esa fuerza arrastra. El conjunto así relatado acaba barriendo todo signo o dibujo de valores éticos y estéticos.

El autor de *Un mundo feliz* (1931), Aldous Huxley, en el prólogo de una de sus ediciones, declara que la eficacia de un ré-

gimen totalitario radica en el hecho de que el poder de los amos dispone del control sobre una población sumisa que no necesita de la coacción; y termina no necesiéndola porque sus habitantes se sienten satisfechos en ese estado de caída y servidumbre en el que ya se hallan.

La ironía de ese *mundo feliz* proclama diversas conveniencias. Se regula el nacimiento y la muerte; la existencia del individuo depende absolutamente del Estado; la educación se encamina a aniquilar todo sentimiento y cualquier valor moral. Se establece una división de clases en los individuos fabricados en serie; a un lado los privilegiados alfas y betas, en la otra parte los serviciales gammas, deltas y epsilon. A esa sociedad supertecnológica, a ese *mundo feliz*, Huxley trae a un salvaje, a un ser tan primitivo, que todavía se rige por acciones tan excéntricas como amar y besar, o leer y aprender trozos de las obras completas de

Shakespeare. El buen salvaje, en ese mundo de absoluto control, acabará aniquilado por la realidad alienante.

Sloterdijk confiesa que, en el caso de implantarse el totalitarismo, la escritura se ahogaría en esa atmósfera, y lo que conocemos por literatura quedaría enterrada, desaparecería. George Orwell, en *Literatura y política*, entiende que la manipulación o destrucción del pasado, la enajenación de la historia común cierran las puertas que llevan al futuro y nos encierran también en el totalitarismo. Juan Ignacio Ferreras, en *La Novela de Ciencia Ficción*, le dedica un capítulo a las antiutopías. Apunta que el autor de *1984* canaliza las experiencias y desilusiones hacia esa emblemática novela. El Gran Hermano se constituye en el único centro de valores. El individuo está aislado, controlado, vigilado, manipulado por un poder invisible que impone conductas. El protagonista de la novela intenta apun-

talar el sentido de su vida; lo pretende mediante una acción tan simple como la de escribir un diario; esto es: darle un curso a su existencia mediante pensamientos e impresiones con el fin de encontrarse y de reconocerse. Fracasa. La escritura no es posible en el orden totalitario.

He aquí la cuestión. El sí o el no del libro... Su conveniente permanencia o su desaparición. Pensemos el libro en la hoguera, libros a *451 grados Fahrenheit*, una temperatura en la que el papel de las hojas se enciende y arde. Se alude ahora a la novela de Ray Bradbury. Hay bomberos con mangueras de fuego que carbonizan la historia escrita. Usan sabuesos mecánicos como detectores de conductas excéntricas. Conducta excéntrica es la lectura, o ser propietario de un libro. Se dispone de una lista millonaria de libros prohibidos. Los escritores clásicos son “reducidos a audiciones de radio de quince minutos”. Se

implanta un régimen que sólo consiente las imágenes audiovisuales. Que sea el bombero jefe Beathy quien resuma el estado actual. Dice: “Se abreviaron los años de estudio, se relajó la disciplina, se dejó de lado la historia, la filosofía y el lenguaje. Las letras y la gramática fueron abandonadas, poco a poco, poco a poco, hasta que se las olvidó por completo”. El bombero jefe Beathy sabe que llegará un tiempo en que no será necesario quemar libros. No será necesario el fuego, sólo basta que no haya lectores. Y no los habrá —dice— porque habrá “deportes al alcance de todos, espíritu de grupo, diversión; y no hay que pensar, [sólo] organizar y superorganizar super superdeportes”. Diversión y deporte no para mejorar al individuo; diversión y deporte para intervenir de lleno en la generación de un ámbito alienante. Entrevé el novelista el poder y la gloria que el futuro otorgará a la distracción de las masas, con-

vertidas inevitablemente en cuerpos y mentes de rebaño.

Una sociedad en que prime la insensibilidad estética puede parir, paradójicamente, personajes hipersensibles, tales como Des Esseintes. Este protagonista de la novela de Huysmans, *A contrapelo*, forra las paredes de su biblioteca como si se tratasen de libros. Encuaderna las paredes. Deja traslucir con esta imagen un ámbito literario que envuelva al lector; pero, sobre todo, sublima su deseo de quedar integrado en un espacio de absoluto predominio artístico y espiritual. Es la respuesta que tiene y que le sirve para enfrentarse, íntima y simbólicamente, a la mentalidad burguesa y utilitarista que, en plena crisis finisecular del XIX, lo cerca desde el exterior.

La literatura, en ocasiones, invita a exámenes de conciencia. Hay textos en los que se aprecia clara la falta de una relación

armónica entre el sujeto y el mundo. Se va imponiendo un conjunto de circunstancias que conducen a la cruz de la deshumanización. Pero, por la otra cara de la novela, asoma una serie de personajes los cuales mantienen aún vivos sus pensamientos y sus afectos. Son los dueños de un pensamiento y de una moral que laten rebeldes. Su vitalidad la origina el anhelo de levantar un universo distinto, renovado, y que corresponda a la medida y forma de su inquebrantable humanidad.

El mito de la caverna platónica apunta hacia esa esfera en donde luchan luces y sombras, apariencias y verdades. Sitúa al ser humano en un espacio cavernoso para expresar, tal como apunta Platón en el libro VII de *La República*, “el estado en que con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza.”

Bajemos momentáneamente en otra esta-

ción localizada en esta misma línea. Y acerquemos al ascua del tema, que no es otro que el de la literatura, una cuchara del mismo palo. Es buen pretexto para poner proa hacia la conocida novela *La caverna* (2000), del nobel portugués José Saramago.

El argumento novelístico de *La caverna* contempla dos espacios contrapuestos. En un extremo sitúa el mundo deshumanizado, representado por el Centro Comercial, imagen o cara perversa de la globalización; una realidad concreta pero inaprensible y que, por tal razón tiende a metaforizarse, a ser expresión de una fuerza en constante vigilancia y conquista; espacio atractivo a la vez que destructivo; lugar de cautiverio para cuantos lo habitan; trasunto espacio del mito de la caverna: lugar de engaño, de aparentes y falsas existencias. El lenguaje que emite no tiene en cuenta las posibles respuestas del receptor; son mensajes que, enviados al vacío, ocupan plenamente el es-

pacio; sus modalidades expresivas abarcan la retórica publicitaria, las expresiones amenazantes, el mensaje engañoso, los sondeos; en resumen, practica un concepto de comunicación sistemáticamente distorsionado. Ofrece sombras, apariencias, reproducciones artificiosas de lo real: simulacros. Los seres integrados en este dominio conforman —así se declara en el texto— un universo de clientes.

Hay otro polo, sin embargo, que es un espacio en donde aún late la vida. Los personajes que aquí habitan van a la busca de ideas, de visiones o de invenciones en las que nunca faltan la capacidad intelectual y reflexiva; son seres que habitan también en las esferas del arte, de la moralidad y del afecto. Quienes así se comportan no toleran un vivir en el mundo de incomunicación y falsedad en que se ha convertido el Centro Comercial. Los personajes del universo novelístico de Saramago son trasun-

tos de los seres humanos de hoy, viven insertos en una cultura. Habitan un ámbito cultural fragmentado en tres esferas marcadamente diferenciadas: la técnico-científica, la esfera moral y la esfera estética.

La novela *La caverna* nos prestará sus páginas para abrir una posible correspondencia con la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas. De acuerdo con el planteamiento de este filósofo, cuando lo técnico se orienta en dirección al crecimiento económico y burocrático, se va cegando cualquier tipo de experiencia o de reflexión que conduzca a un espacio en donde se confirmen unos conocimientos compartidos que doten de sentido a la existencia. Si no se va en esa dirección, nos dejaremos llevar por otra muy distinta en donde lo ético y lo estético quedan a merced de las leyes de la técnica, de la burocracia y de la economía. Y bajo este otro clima, la realidad se resiente al ir amen-

quando los valores morales y las expresiones estéticas que vienen a ser espacios apropiados para la autorreflexión.

Cabe, pues, decir que no conviene el predominio de una esfera sobre las otras. Ni siquiera la esfera estética debe capitalizar las restantes. Porque si primase sobre las demás, de igual modo, se generarían situaciones y estados análogamente perversos.

En toda época queda registrado el modo peculiar de percibirse. Cada tiempo deja ver su cara, diferente una de otra, por virtud de un presente que no deja de mirar al pasado mientras el pensamiento va resueltamente a por el futuro. En este encuentro de tiempos puede haber nostalgias, o no; rebeldía contra las normas que el momento impone, o no.

Creía el narrador canario, Ángel Guerra, que los libros más dolorosos son aquellos

que nos hablan del porvenir de la estirpe humana. Creía este escritor que, llegado el término de *la jornada humana*, sobre las ruinas de lo material sólo quedaría “la cultura, las ideas, el espíritu de una civilización esplendorosa”. Se imagina y plasma en un artículo de 1908 cómo serán los seres dentro de muchos siglos, y, reproduciendo la visión y las palabras de Anatole France expresa: “Los últimos serán tan estúpidos como los primeros. Habrán olvidado todas las artes y todas las ciencias. Se tenderán miserablemente en las cavernas, al borde de los glaciares que rodarán sus bloques sobre las dispersas ruinas de las ciudades donde en mejores días se pensaba, se amaba, se sufría y se esperaba (...) No sabrán nada de nosotros, nada de nuestro genio, nada de nuestro amor, y, no obstante, serán nuestros hijos, la sangre de nuestra sangre.”

La cultura como alguien dijo, “es hoy un acto total de intervención en el mun-

do". Se pide una cultura viva e íntegra para todos. De ahí la necesidad de la confluencia de pensamientos capaces de convertirse con el tiempo en acción. En una acción encaminada a integrar al ser humano en la vida de hoy. Una vida en donde el presente aún cuenta con el pasado.

Pero he aquí que reaparece Sloterdijk, como una mosca ... importuna. Llega de nuevo para decir que hay que abolir el discurso escrito, renunciar a todo discurso literario. Reconoce que aún no está muerta la literatura; no sabemos qué nivel de agonía le asigna su cabeza; en todo caso tiene muy claro que los días de sobrevaloración de la escritura y de la lectura ya han pasado. El libro ha entrado hoy en el ámbito de una subcultura. Son los nuevos medios técnico-comunicativos a los que se les van concediendo paso libre. No extrañará que los proponga como los nuevos conductores sociales.

Cómo es que esto puede sonar a próximo. Se esboza un mundo imaginario, y, sin embargo, sus contenidos cargan señales de actualidad social, cultural. La ciencia ficción o el alegorismo literario surgen con fuerza porque apuntan a una civilización que padece un colapso vital. No hacen falta ya ritos inquisitoriales, incendios o destrucciones de libros o bibliotecas. No son necesarios hoy un cura, un barbero y un ama que quemen los libros y tapien el aposento que los albergara. Don Quijote tentaba con las manos lo que antes había sido puerta y, al no encontrarla, pregunta por ella al ama; ésta le responde: “¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo”. Háganse al caso de que estoy contando por alegorías y que curas, barberos, amas, aposentos y libros, trasuntos son de paisajes con figuras y signos de la más triste actualidad. Frente a este estado de cosas no

cabe otra actitud que la de estimar los libros —tal como lo expresara Emilio Lledó en su artículo “Una invitación a la lectura”— igual a “puertas que nadie podría cerrarnos jamás, a pesar de todas las censuras”. La literatura, para este filósofo “nos enseña a mirar mejor este mundo de las cosas aún no bien dichas, estos contornos históricos inmediatos de los balbuceos políticos, de los apaños para justificar el egoísmo envilecido, de las trampas para conformarnos a vivir con la desesperanza de lo que hoy ya no da más de sí.”

No podrá negarse en absoluto que la educación oficial responde a la ideología dominante. En el mundo occidental la economía alcanza con su poder a las mismas estructuras del Estado. Todo se ha montado de manera que todo responda, aparentemente, a una gran causa: que el ser humano vaya adaptándose al modo de vida impuesto. La dominante económica exige

un conocimiento técnico-instrumental. Y los planes de estudio trazan el rumbo en dirección hacia ese destino.

La institución educativa, con el silbo del disimulo en la boca, acompaña en ese largo viaje, que viene de viejo, y por cuya ruta se han ido perdiendo, como si fuesen lastre y carga inútil, los valores de la cultura humanística. Una cultura que se ha visto en medio de un campo atravesado por el fuego de diversos y mentecatos intereses. Hoy en día a la cultura no se la percibe en el ámbito educativo como un bien o un don que se propaga de modo desinteresado.

Pero el sistema educativo ya ha sacrificado, en el altar de las altas tecnologías, los estudios humanísticos y el trato cordial con la obra literaria. Ya se ha celebrado el ritual fúnebre de la imaginación creadora y ha comenzado la invocación al nuevo dios tecnológico.

Se va levantando el imperio de las pantallas con su arsenal de imágenes explosivas, fugitivas, vistas sin el tiempo apropiado para tomar conciencia de ellas. El ser humano, abordado de tal forma y manera, acabará desarrollando un formidable ojo que todo lo capta al instante aunque poco de ello, o nada, se siembre definitivamente en él. Entonces le será difícil reordenar el mundo que pisa; e imposible será comprenderlo. Porque ha cambiado el interés de apreciar, por la mera observación de raudales imágenes, lo que de inteligible tiene el mundo. Con el tiempo quedará atado al mundo icónico. No distinguirá los fragmentos servidos por la comunicación tecnológica; se irá debilitando su voluntad, tanto como su actividad mental. Todo se habrá convertido en un fenómeno recurrente, en manifestaciones repentinas hechas de trozos que nada significan. Pero si poco llegan a significar, mucho pueden conseguir: uniforman el pensamiento.

No hará daño citar otra obra literaria que proyecte una utopía negativa y nos exprese sugerentemente una forma de organización, conocimiento y comportamiento sociales de una supuesta futura sociedad humana. La novela de Anthony Burgess *La naranja mecánica* (1962) nos traza un panorama por el que cruzan el adolescente Alex junto a tres drugos-amigos. Stanley Kubrick la llevó a la pantalla y le infundió una ética cultural cuyo comentario interesa. El crítico de arte, Robert Hugues, aprecia que la película traduce la idea decimonónica de que el arte te hace bueno y promueve la sensibilidad. En la proyección cinematográfica se quiere llevar al extremo esta opinión. Al violento protagonista, a quien se pretende enderezar, se le lanza, con un fin formativo, una serie de imágenes contrapuestas: imágenes entretajidas de violencia, caos y dolor frente a otras de belleza, dulzura y armonía. Las imágenes van asociadas a las correspondientes sensa-

ciones de placer o de suplicio. Se establece así un sistema conductista con el que se quiere manipular la conciencia y el temperamento del personaje. Se logra, también así, un paralogismo intolerable al intentar persuadir con argucias y con medios o procedimientos no naturales. A la violencia de Alex le replica la ciencia aún más violentamente. Se pretende que el instinto de violencia ceda frente a la idea de civilización. Alexander Walker, en el estudio dedicado a Kubrick, apunta que el cineasta ha confesado que la obra de arte no nos cambia; pero la obra de arte sí nos afecta cuando ilumina algo que ya sentimos.

No estamos en contra del signo de los tiempos. Los párrafos quedaron adredeamente tintados de negro y con un propósito: que por gracia de los alarmantes y de los extremosos comentarios realizados se pueda uno situar en un término medio, de modo que convenga crear un marco en el

que se hallen incluidos y en convivencia los mundos de la imagen y el de la lectura.

Conviene en este punto establecer un supuesto: no hay literatura sin lectura. En consecuencia, hay que contar con un primer objetivo: hacer lectores. Pero esto no basta; es pobre; y es además insuficiente porque se cuenta con otra idea también: la lectura es condición necesaria y punto de partida, que no, de llegada. Y debe ser así, si se piensa que otras metas aguardan más adelante.

Las obras literarias contienen y proyectan conceptos, valores morales y sensibilidad estética. Constituyen en su conjunto un apreciable e irrenunciable acervo cultural; son hitos fundamentales en la historia de la civilización. Las obras literarias están ahí, como un depósito que tiende a canonicarse. Son arrastradas hacia un canon que a veces se muestra inalterable, incon-

testable. En la enseñanza, la lista de obras literarias para este comienzo de siglo está aún por verse. No se pretende anunciar la urgencia de un canon alternativo, pero sí la necesidad de actualizar lecturas que se hallen conformes con el tiempo que ha tocado vivir y entender.

El entendimiento exige formación para conseguir una ilustrada mayoría de edad; habrá que convertir la conciencia infantil y juvenil en conciencia adulta; es decir, en una conciencia que alcance un mayor crecimiento y perfección. Sin embargo, parece como si el sistema educativo quedara satisfecho —y hasta se regodeara— con suministrar en forma de papilla las diversas materias que configuran los planes de estudio. La literatura —no está mal decirlo— ha pasado ya por el proceso de puré.

Con la Enseñanza Secundaria Obligatoria se ha pretendido extender la educación

hasta la frontera de la juventud. Y la juventud, hoy, para quien no se halle o lleve el paso de su movimiento, puede parecer un territorio impenetrable. Como expresara Alain Finkielkraut en *La derrota del pensamiento*, “el largo proceso de conversión al hedonismo del consumo emprendido por las sociedades occidentales culmina hoy con la idolatría de los valores juveniles. ¡El Burgués ha muerto, viva el Adolescente!”. Los adultos buscan una nivelación; la encuentran, por lo visto, en “una cura de desintelectualización.” Ni conviene éste como tampoco conviene el otro extremo que Jonathan Swift cierra con una frase: “Ningún hombre sabio quiso nunca ser joven”. No hay necesidad de cargar tantos pelos como tampoco el de querer estar tan calvos.

Se nos ha ido, callandito, separando de una órbita cultural que ha dominado hasta hace poco. Como diría Finkielkraut, hay

quienes creyendo tener razón ven la historia como un error o una superstición que empobrecen la emancipación de los espíritus. Hay un mundo dividido en dos. Un mundo joven y en aparente libertad; otro muy diferente, adulto, con horarios, disciplinas y programas. Mundos apartes. Un mundo caliente en el que —se piensa— el ruido desplaza al pensamiento. Pero entiendan que el mundo hoy es joven porque así lo quiere hoy el mercado. El mundo joven es consumista, y el consumo impone un modo de vida, una “cultura”; sí, aunque cultura carencial que se implanta como el estado normal de las cosas.

En 1987, Finkielkraut aún podía decir que “la escuela es la última excepción al self-service generalizado”. Pero actualmente se está produciendo en el ámbito de la institución educativa una situación crítica. Como indica el autor antes referido, por un lado hay una escuela moderna que se

marca como objetivo la formación integral de los alumnos; y, por otra parte, se hallan los alumnos; un alumnado posmoderno que entiende esta intención emancipadora como un obligado ingreso en disciplinas arcaicas y forzadas. Todo eso se volverá material de derribo. ¿Cómo resolver la cuestión? Algunos responden: posmodernizando la escuela. Y, para ello, ministerios o consejerías y reformadores se ocupan y ponen manos a la tarea. Y cuentan con una nueva premisa: no hay necesidad de trabajar con la palabra pues el punto de interés ha sido desplazado. Importa menos una formación intelectual, importa menos el uso de la palabra con la que ver, pensar y medirse al mundo; e importa más, bastante más, un acercamiento a lo técnico y a lo audiovisual. El resultado salta a la vista: se padece una merma cuantitativa y cualitativa en la enseñanza humanística y, particularmente, en la de la literatura.

Pero siempre habrá algo o alguien que reavivan la esperanza y mantengan la fe y la complacencia en la literatura. De muestra, un libro. Su título es *Entre líneas: el cuento o la vida*. En sus páginas, Luis Landero nos presenta a un personaje del que se apunta que “quizá la única nota pintoresca en él sea precisamente el hecho de ser profesor de literatura en estos tiempos”. Es un profesor de literatura, además de ser lector y escritor. Tres actividades distintas en una sola persona; acciones complementarias las tres que, no obstante, resultan conflictivas y, a veces, hasta excluyentes. Con un ejemplo lo ilustra: el escritor se interesa por Joyce; al profesor le gusta Galdós, no tanto al lector; Hermann Hesse que fue del agrado del lector en la adolescencia, ahora, y por solidaridad con sus alumnos, sólo atrae al profesor. En definitiva, que vive una trinidad escindida.

De este Luis Landero, precisamente, tomo y apunto las últimas palabras. Sos-

tiene Landero que a todos nos incumbe la narración antes que nos inicien en la erudición; advierte Landero que hay pedagogías insanas que se han juntado con el mal gusto de la sociedad actual; observa que es necesario conectar los contenidos con las experiencias de la vida; alega que algo todavía puede hacerse; ¿y qué es lo que podrá hacerse todavía?: pues poner a los alumnos en disposición de dejarse seducir por la literatura.

